

MIRET MAGDALENA

HELDER CÁMARA, PROFETA DE LA VERDAD

Este hombre menudo, de cincuenta y nueve años, cara ascética, ojos azules penetrantes, sin pretensiones intelectuales, es la figura del día en la Iglesia.

Ningún prelado, de los muchos que han sido primeras figuras del Concilio, es tan conocido como éste.

Amigo personal de Pablo VI y hombre de su confianza durante los debates del VATICANO II, es tan chocante en comparación con la figura «tradicional» que nos habíamos forjado del obispo que sorprende a católicos y no católicos.

Pero a todos atrae, porque —como un nuevo Tomás Moro— tiene una conciencia insobornable, que nunca desahoga expresar —con la palabra y la actitud comprometida— lo que piensa y siente.

Hasta sus enemigos, en general, evitan hacer crítica alguna de él —al menos en público—, porque saben que arrastra, con su sencilla autenticidad, a las masas.

De él sabemos que ha entregado al pueblo las tierras de la mitra, y que ha abandonado su palacio para vivir como un hombre modesto en un barrio olvidado. Porque piensa —como algunos santos medievales— que el escándalo se produce en el pueblo por la riqueza y el confort propios de una clase económicamente elevada, que es la tónica de muchos obispos del siglo XX.

Simón de Sully era un obispo francés del siglo XIII que vivía en ese superior tren de vida, y fue San Antonio de Padua —el santo de pacotilla de los novios y los objetos perdidos— el que se opuso a él públicamente en un concilio regional francés. Y conste que ese prelado no tenía más vicio que su inclinación por un género de vida desahogado, en vez de vivir —como debería— con el pueblo y como el pueblo.

Acabado el concilio —el 2 de diciembre de 1965— había dicho Helder Cámara que «ya no queremos más obispos-príncipes que están alejados del pueblo; ya no queremos una Iglesia que desea ser servida, y que exige siempre el primer puesto en la sociedad». Y lo ha cumplido en sí mismo de manera radical.

Contra lo que suelen pensar muchos pastores de la Iglesia opina este obispo que es una suerte que se planteen hoy en público «cuestiones graves y delicadas» en el catolicismo. Es más, afirma: «Felices los tiempos en que hay interés público por los problemas de la Iglesia».

Sí, nuestra época —si bien no siempre se cumple este ideal— es cada vez más la época en que «felizmente se discute». Y todo católico —alto o bajo— debía escuchar esta llamada para conseguir un tiempo de diálogo abierto al público.

Por eso querría cualquiera de nosotros, como él lo quiere, que también las estructuras del mundo y de la Iglesia sufrieran un drástico cambio. Y que lo que en el catolicismo ha servido para ventaja del que manda, sirva —de ahora en adelante— sólo para servicio de todos. ¿Qué cosa mejor que esa discutida Curia romana fuera, en vez de un organismo burocrático y controlador, «un servicio... capaz de captar las presiones sufridas en el mundo entero por grupos humanos, o personas de cualquier raza, condición política, religiosa o ideológica?»

Hay que acabar con que «los obispos —como dice nuestro arzobispo de Recife y Olinda (Brasil)— estemos orgullosos de ser los sucesores de los apóstoles; pero, ¿dónde están los sucesores de los profetas y los doctores?».

¿No somos nosotros los seglares —esos cristianos y post-postos laicos— los sucesores legítimos de los antiguos predicadores de la verdad —doctores y profetas— sin los cuales la Iglesia tiene un fundamento cojo, como hemos visto en la triste historia católica de muchos países y ambientes, orgullosos de su tradición religiosa?

El gesto cristiano es —como él ha hecho— dedicar el dinero de las iglesias a construir casas, y no al revés; porque «el sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado», como enseñó Jesucristo. Y los Santos Padres

—como San Ambrosio— vendían tranquilamente cálices y ornamentos de culto con el fin de conseguir dinero para los necesitados.

¿Puede comprender un hombre de hoy que no se quieran vender —por ejemplo— joyas no artísticas de algún templo o imagen, cuando esto es lo que nos exigen —con sus palabras y actitud— los grandes forjadores de la verdadera tradición católica de los primeros siglos?

Este «insignificante» obispo no está nunca ausente de los problemas de los hombres que le rodean. Y los aborda valientemente, sin temor a nada ni a nadie. Su lema es que «ya es tiempo de que Don Quijote se lance de nuevo al campo de batalla».

Estamos preocupados por la bomba atómica y queremos a todo trance destruir los temibles stocks de artefactos nucleares. Pero hay que emprender —según él— algo más importante: la supresión de la injusticia social, que se manifiesta en la opresión política y económica de los pueblos y de los hombres, hoy oculta bajo sutiles frases o propagandas.

Esta valiente postura le ha valido incomprendiones de parte de ricos y poderosos, civiles o eclesiásticos. Pero sigue adelante, sin arredrarse. Y no tiene, por ejemplo, inconveniente en descubrir que hay un fabuloso engaño en la ayuda material de los países supercapitalistas al mundo subdesarrollado, porque quien se beneficia son aquellas naciones privilegiadas y no éstas; y «quien —al final— ha prestado ahora se averigua que ha sido América Latina a los países ricos». Pues entre 1950 y 1961 hay un balance de 3.800 millones de dólares, a favor de las naciones privilegiadas, en su comercio con Sudamérica.

Para él «la caridad comienza por la justicia». Y afirma que en los países subdesarrollados «las masas sufren la violencia ejercida por los grupos privilegiados». Ese es el motivo de que «no podamos echar a la cuenta de Dios la injusticia que debemos resolver los hombres». Y, desde luego, no será quien la resuelva una Iglesia que «cierre los ojos» a la injusticia humana —como ha pasado muchas veces—; o que «tranquilece la conciencia de los ricos, si hacen una limosna para construir iglesias».

Nos escandalizamos de la violencia física ejercida en el mundo —y todo hombre debiera deplorarla—; pero no podemos olvidar hipócritamente la acusación de Helder Cámara: «Acuso, como verdaderos fautores de violencia, a los que —de derechas o de izquierdas— hieren la justicia y así impiden la paz». Su «vocación personal es la paz»; y —confiesa como nuevo profeta de la no violencia—: «Prefiero, personalmente, ser matado que matar». Pero en seguida recuerda, sin embargo, que la «no violencia no está hecha de flaqueza y pasividad».

«Hoy el 85 por 100 de los hombres (y mañana el 90 por 100) vive en la miseria para que el 15 por 100 restante de la humanidad viva en el superconfort. ¿Quién no comprende, entonces, la necesaria revolución de las estructuras a realizar en el mundo desarrollado?».

Hasta en Estados Unidos la necesitan —y probablemente más que nadie— «porque el espíritu que reina en U. S. A. es irracional en su racionalización y desemboca en una existencia unidimensional de robots, hasta el punto que la juventud actual del mundo, que es de distintas tradiciones culturales, se ha sentido llamada a construir una sociedad más justa, más humana, creando una nueva ordenación social para humanizar la técnica». Para Helder Cámara «el derecho es muy a menudo un instrumento de violencia», ya que existen muchos tipos de opresión que se deben llamar violencia, aunque no se presenten con esta faz, sino con una hipócrita máscara llena de eufemismos, como cuando se habla contra los negros, o contra la juventud, o en pro de la carrera de armamentos nucleares.

Este es el pastor del Nordeste del Brasil, profeta de la verdad real y concreta de los hombres de hoy, y no de las ideas evanescentes que no comprometen.